

El Hombre, habitante de un mundo simbólico

Luis Armando Aguilar Sahagún

El origen del símbolo últimamente se remonta, más allá de sus peculiaridades lingüísticas, históricas o contextuales, a la profundidad de la vida humana.

¿Cómo es posible que en ella se gesten símbolos de una significación paradójica, sino es que contradictoria? Por ejemplo, una bandera puede simbolizar tanto a la Patria, como a la prepotencia de un país en una determinada época histórica; la ciudad de Roma es símbolo del arte, así como de lo pasajero que puede ser el esplendor de un poderoso imperio; la ciudad de Jerusalén puede simbolizar, con una peculiaridad única, al mismo tiempo la utopía de la unidad de todos los pueblos, y un sitio en el que se hace visible una humanidad dividida.

Al ahondar en naturaleza del símbolo religioso en el intento de llegar a la raíz más profunda de la paradoja, nos encontramos con otro símbolo, no menos denso y paradójico: “el corazón” del hombre. Este símbolo hace referencia al centro de la persona humana, al mundo de su interioridad, vivida, con frecuencia, como contradictoria. En ella se dan cita los conflictos tanto de la interioridad de la persona - sus pasiones, necesidades, pensamientos, movimientos afectivos profundos - como el mundo social y cultural en el que vive.

Lo ambiguo y paradójico de sus símbolos, podemos decir, nace de las relaciones sociales e interpersonales que adolecen de ese carácter. El ser humano es capaz de aspirar y luchar por los más grandes valores e ideales y, al mismo tiempo, puede afirmar su condición autocéntrica de un modo fundamental, pasando por encima de los demás y aun de sus más hondas aspiraciones, renunciando de este modo al amor, que es lo que más lo realiza. De ese conflicto nacen tanto el heroísmo como la violencia. La sublimidad del mundo simbólico tiene su raíz en la capacidad que el hombre tiene de salir de sí. La violencia y la vileza de muchos de esos símbolos hunden sus raíces en la opción por una conducta o forma de vida autocéntrica. A ambos movimientos y posibilidades hace referencia “el corazón del hombre”. Y a su vez, en él se interiorizan las relaciones conflictivas y la violencia ambiental que, en menor o mayor medida, generan tensiones en la persona y su mundo de relaciones. Desde esa situación el hombre clama, busca salidas, tanto a la medida de su desgarradura interior como de la hondura de sus más altas aspiraciones. El símbolo lo abre a ese mundo, del que puede esperar ser salvado de sí mismo.

El símbolo, raíces y alcance significativo

El símbolo es parte del mundo humano de sentido. El ser del símbolo consiste en significar “lo otro” al espíritu humano, sin agotarse en ello. La realidad, por sí misma, queda como opaca hasta que no descubrimos su significación. Cuánto más rica es una realidad, tanto más denso es su significado. Esta significación puede no ser agotada en el lenguaje puramente descriptivo, formal o narrativo. El símbolo viene en ayuda de nuestra necesidad de remitir a eso que ya no puede ser simplemente dicho o explicado.

En su Diccionario filosófico, Lalande define al símbolo como “todo signo concreto que evoca, por medio de una relación natural, algo ausente o imposible de percibir”. El símbolo

es un signo que remite a un significado invisible y que debe encarnar de manera concreta la falta de adecuación con aquello que significa. Esto se alcanza, si bien sólo parcialmente, mediante el juego de imágenes míticas o rituales que la corrigen y completan. Se trata de una representación que hace aparecer un sentido oculto, “la epifanía de un misterio”. Lo propio del símbolo es unir ambos aspectos, el elemento de expresión y el elemento de contenido. El símbolo jamás alcanza su objeto, aunque lleva en su interior el mensaje de algo que trasciende lo sensible y lo racional. La función del símbolo es vivificar los signos materiales y “hacerlos hablar” (P. Ricour).

Los símbolos religiosos

El lenguaje simbólico abarca todo el ámbito religioso, desde las expresiones más elementales de los creyentes hasta las más elaboradas, de tipo teológico, que se sirven de la metáfora. Las raíces del símbolo se hunden en la experiencia humana y su enorme potencialidad, de carácter pre-lingüístico. El nuevo sentido de las expresiones originales las arranca de su contexto y les proporciona un sentido extraño respecto a lo cotidiano, llevándolas a adquirir una nueva significación. La función principal del lenguaje simbólico es alcanzar el sentido más hondo de la realidad y de la existencia. Ahí se constata la presencia de un ámbito que escapa a la visión puramente empírica de la realidad, que sólo puede ser evocado. Es ahí donde podemos ubicar el origen de lo religioso. Mediante los símbolos el hombre hace referencia a ese ámbito, que nunca alcanza en su desemejanza con lo cotidiano e inmediato. El símbolo alcanza así un tipo de verdad, la verdad metafórica, que produce la apertura a un sentido que permite ver, experimentar, vivir y habitar el mundo de forma distinta, en su totalidad y profundidad, con todas las implicaciones que esto conlleva respecto de los distintos ámbitos de la vida humana.

El símbolo penetra toda la vida como las obras del hombre. Los momentos significativos, como las fiestas, los aniversarios, los acontecimientos que cobran mayor trascendencia; las acciones morales que apuntan a lo que rebasa el lenguaje como los actos de bondad, de heroísmo como también los de maldad y perversión; las obras humanas, como es el caso del arte, en las que queda plasmado el ser de quien las realiza y que piden ser descifradas, pensadas y comprendidas de otro modo que con la significación unívoca de lo que las nombra o describe son ejemplos de la presencia de lo simbólico, que ineludiblemente piden de una interpretación cada vez más rica, por la que se nos van revelando el o los sentidos de las cosas.

Los lugares, como los tiempos y momentos, tienen también la fuerza de lo simbólico. Al tratarse de lugares, tiempos y momentos “sagrados” los símbolos cobran una nueva densidad. Aquí haremos referencia a la “ciudad” y, más particularmente, a la “ciudad santa”, que es tanto lugar como ámbito de habitación, convivencia y conflicto.

Fuerza simbólica del lenguaje religioso

El símbolo y la religión son fenómenos que muestran que el anhelo del hombre va más allá de este mundo. El lenguaje religioso sirve para expresar experiencias límite que conciernen al ser humano en su totalidad y lo que sea su sentido radical. De ahí que los símbolos representen relación al todo del hombre en su ser limitado, contingente, necesitado de salvación o liberación de todo tipo de amenazas. Es por eso que posee un carácter revelador

y orientador de la existencia.

Vivimos en un mundo de símbolos y, como decía el poeta Paul Claudel, la religión “es un bosque de símbolos”. El hombre, quien los crea, es también quien se ve movido y urgido a interpretarlos. En ese bosque las imágenes simbólicas pueden remitir a lo sagrado, al Misterio y a la salvación que el hombre espera encontrar. Este hecho puede ser visto como un testimonio de la necesidad originaria de ese Dios que irrumpe en la vida de los pueblos. El símbolo capta aquello que se dice en esa trascendencia, su punto último de llegada. Lo que el hombre ha intentado captar por el pensamiento.